

Diario de emigrante

por Celestino FERNANDEZ DIAZ

MIS PRIMEROS PASOS

NACI una noche de Enero de 1925, en Cabezuela del Valle, Cáceres, cuya campiña es un balcón florido abierto a Extremadura bajando de Castilla. Mi existencia en seguida se vio rodeada de miles de seres, que como yo nacían a la hermosa y nueva primavera. Muchos pronto dejaron de existir; a otros como a mí, siguió arrastrándonos la vida por primaveras alegres, veranos de ilusión, otoños de conformidad e inviernos de resignación.

Mi niñez corre como una fuente clara que vierte sus aguas a un arroyo cristalino, inquieto y saltarín; el campo para mí es como el Edén, donde encuentro el aroma de las flores, el perfume de las rosas, el alegre y divertido cantar de los pájaros; el murmullo de las aguas, el volar de los insectos, el zumbar de las abejas y miles y mi-

les de vocecillas que perciben mis oídos como en sonoro y divertido tropel. Es el rincón florido, fresco y sombreado, que guarda el valle de este Jerte joven y arrogante, que sigue retozando en las sierras donde nace y riegan sus aguas con toda pompa y majestad.

Como a un niño más, me gusta la libertad de acción, ese ímpetu tan sagrado que viene al mundo con nosotros, porque así lo quiso Dios. Por todo ello, libre como un gamo, corro por entre los matorrales, salvo regateras, subo a los árboles, me baño en el polvo como un hipopótamo en las aguas cenagosas; e incluso sueño con volar como una mariposa delicada y señorial, llena de colores maravillosos, que va posándose en los pétalos de las rosas purificadas, recogiendo colores y perfumes, que han brotado al nacer la alegre primavera, y va soltando a los cuatro vientos del valle encantado, lleno

de paz, amor y quietud. Muchos de ustedes amigos lectores, al leer estos renglones imaginarán mi agradable estancia en este lugar. Mas, no es así: he aquí...

EL BACHE

Noy alejado de mi patria chica me encuentro en tierras catalanas, aquí en Igualada. Ciudad donde florecen la Industria y el Comercio, ciudad que, como un imán de gran atracción, tiene afluyentes de toda la geografía nacional; aquí vienen extremeños, andaluces, gallegos, valencianos y de todas las provincias, regiones y pueblos de España. Aquí hemos encontrado unas gentes amables, cariñosas y activas, que nos han recibido con los brazos abiertos, para seguir con ellos esta lucha cotidiana por la vida, que se viene sucediendo de generación en generación; sin la cual la existencia sería ineficaz y sin fundamento. Pero, este gran imán de que os hablo, aún ejerce más atracción como es natural, en todos los pueblos de esta comarca que bulle y germina, crece y se ensancha por sus cuatro costados para dar cabida a esta corriente humana que converge de todas partes y en todas direcciones;

creando industrias, viviendas, establecimientos de recreo, campos de deportes, mejorando toda su estructura municipal; y esforzándose al máximo en todo lo que redunde en beneficio de un bienestar, sin distinción de clases, región o patria. Aquí se funden las lenguas, el entendimiento y la sangre.

Pero todo esto con ser tanto, no puede borrar el recuerdo de aquello que un día lejano dejamos atrás, la casa de la infancia, el pueblo, la escuela, los campos donde jugábamos haciendo miles de travesuras; la familia, los amigos, la ermita y la iglesia, los días felices y divertidos que pasamos en nuestra juventud. Cuando viene el recuerdo, va pasando como una nube borrosa y sombría, que nos llena de amargura y nostalgia; nos fatiga el corazón y nos vemos rodeados de una medrosa soledad. Se desgaja la nube sedosa, aparte con las yemas de mis dedos el oscuro y negro telón y vuelvo a ver el valle frondoso, lozano y florido, con sus torrenteras, que cantan a coro las glorias y sonos del mundo campestre, que crece y extiende su manto florido, donde todo es sonata gloriosa que unida en compás, se ofrece rindiendo tributo al Creador.

Igualada, Febrero 1970.